

LO QUE ME DICE LA «DAMA VELADA» ME CAUSA ESPANTO;  
PERO LO QUE SE CALLA ME PONE MALO

**E**STABA más velada que nunca.

¡Qué extraña cosa era aquella mujer que así se paseaba por el submarino, con el rostro oculto por espeso velo como bajo una careta, sin dirigir la palabra a nadie y con un dedo en los labios!... Pues en los días sucesivos, cuando la encontraba, la vi siempre como una sombra misteriosa, como un mudo fantasma, deslizándose entre la tripulación, cruzándose en la crujía central con los oficiales, velada siempre, sin volver nunca su rostro y siempre con un dedo en los labios al verme...

Los marineros no le dirigían nunca la palabra, y los oficiales ni la saludaban. Para ellos debía ser como inexistente... ¡Era la consigna!...

¡Extraño! ¡Extraño! ¿Qué habrían podido decir a aquellos hombres? Recuerdo que, entre los restos de un zeppelin que había intentado un *raid* sobre París y fué a estrellarse a retaguardia de las líneas francesas, se hallaron las cañas calcinadas de dos botas altas de mujer. ¡Así, pues, había existido una mujer, una horrible curiosa de crímenes, para subir en un dirigible que tenía por misión el lanzar bombas

sobre inocentes familias! ¡El asunto, por lo tanto, no era del todo excepcional!

Es muy probable que hubieran dicho a la dotación de nuestro submarino: «Tenemos a bordo a una gran dama cuyo incógnito desea guardar, y que tiene el deseo de asistir a vuestras excepcionales hazañas. Harán, pues, ustedes como si no la vieran...» Sin contar que el almirante von Treischke era lo bastante poderoso para introducir en el submarino a quien se le antojara, sin tener que dar explicación alguna.

Pero dejemos estas generalidades, para volver a la *dama velada* en el momento que penetró en mi cabina. Levantó ligeramente su velo para descubrir sus labios, que murmuraban: «¡Devuélvame el retrato de mi marido!»

Estaba más confuso de lo que podría expresar, y le entregué, temblando, la cadenita y el medallón.

—Tranquílcese—me dijo—: nadie me ha visto entrar. Me creen en mi camarote. Por otra parte, se me vigila poco, pues saben que nada pueden temer de mí. *Saben quién soy, que es necesario que se me crea muerta, y que cualquier palabra que se me escapara relacionada con la cosa terrible, y que lo explicaría todo, equivaldría a una sentencia de muerte...* ¡Mi silencio me salvaguarda aquí, como me salvaguardaba en Renich! ¡Ay de mí! ¡Mi única esperanza está en mi silencio!

—¡Señora, señora!... ¡Confíese, pues, quién es usted! ¿Quién me garantiza que no irá usted ahora a quejarse al almirante von Treischke de mi audacia al saber quién es usted?...

—Le confieso a usted quién soy, porque a ello me veo obligada... Usted ha visto el medallón y ya no puedo negar... Pero ante los demás, gritaré hasta enronquecer que yo no soy quien usted sabe. ¡Es cuestión de vida o muerte para usted y para mí! Nos conviene a los dos que ignoren la existencia de ese medallón, o por lo menos, que he tenido la imprudencia de llevarlo sobre mí, y, sobre todo, que lo he perdido... ¡Me lo quitarían en seguida! ¿Y qué sería en-

tonces de mí?... ¿Qué sería de mí?... ¡Caballero! ¡Caballero!, es la sola imagen que poseo de mi marido, aparte de la que eternamente llevo en mi corazón—añadió con un poco de sentimentalismo que me emocionó profundamente, a pesar de lo banal de la frase.

La *dama velada* volvió a suspirar, y vi caer bajo su velo algunas lágrimas.

Yo estaba trastornado, realmente trastornado... Nunca he podido ver llorar a una mujer hermosa, aunque no fuera Amalia, sin sentirme conmovido hasta el fondo del alma. La voz de aquella mujer era de una gran dulzura y de un acento de desesperada ternura al hablar de su marido. Debía amarle tanto como él la amaba, y todos los gestos con que ella expresaba su dolor eran de una admirable gracia francesa, revelando un origen lleno de encanto al mismo tiempo que noble.

—¡El desgraciado me cree muerta!—suspiró—; ¡lo que debe sufrirl!

—¡Señoral! ¡No vive más que para vengarnos!

—¡Eso me han dicho! ¡Eso me han dicho! ¡Señor Herbert, dígame todo, usted que le ha visto!...

Al oír aquellas palabras me estremecí, interrumpiéndola:

—Señora, ¿quién le ha dicho a usted que he visto a su marido?

—¡El mismo almirante, la noche que llegó usted a Renich!

Así, pues, aquella noche, cuando yo miraba desde lo alto de mi tragaluz las sombras de la *dama velada* y del almirante, que tenían una tan animada conversación en la casa de la loca, era que se ocupaban de mí.

—¿Es cierto—me preguntó angustiada— que se haya vuelto loco y que quiere vengar mi muerte con actos de crueldad inaudita; él, a quien he conocido siempre tan indulgente y tan bueno? ¡El, el mejor y más sensible de los hombres!

—Se ha vuelto como una fiera rabiosa... A este respecto no creo que el almirante le haya dicho nada que sea exa-

gerado. M. G... se hace llamar ahora el capitán Hyx. Ha consagrado su fortuna a vengar la muerte y las torturas por usted sufridas con muertes innumerables y horribles suplicios, pues, aunque parezca increíble, él mismo, y con él el mundo entero, la creen muerta entre tormentos. Afortunadamente, el cielo ha querido que yo la encontrase en mi camino para decirle: Diga una sola palabra: ¡Viva!, y el mundo entero la oírán..., y su marido se librará del infierno moral en que vive y de la gehena en que está encerrado... ¿Puede, acaso, haber mayor suplicio para el más grande filántropo del mundo que vivir únicamente *para el odio*?

—¡Tiene usted razón! ¡mucho razón!—gimió la desgraciada—. ¡Mejor valiera la muerte para todos!... ¡Ah!, ¿por qué no morimos juntos?

—¡No hay más verdad que el amor!; *¡es el amor quien salvará al mundo!*

—Retengo la fórmula—la dije profundamente conmovido por el acento con que acababa de lanzar aquella frase al destino—; pero esa fórmula no la comprenderá su marido mientras la crea muerta... ¿Por qué no le hace usted saber que vive?

—¡Porque no puedo decirlo! ¡Porque me es imposible decirlo!

—¡Entonces, ya no me queda ninguna esperanza!—exclamé.

—Señor Herbert de Renich—contestó—, renuncie por el momento a comprender y cuénteme extensamente, se lo ruego, lo más extensamente posible, las horas que pasó usted a su lado... Dígame todo, todo lo que él le dijo... ¡Quiero saberlo todo! ¡Dios mío, quizá no sea aún demasiado tarde para repararlo todo!

—No sería demasiado tarde, se lo repito, si quisiera usted pronunciar una *palabra*, una sola.

—¡Y yo le repito que no puedo pronunciarla!

—Pues bien; *¡escribala!*

—*¡No quiero escribirla!*

Al oír esta última frase dejé caer mi cabeza con tal expresión de desaliento, que mi extraña visitante se me acercó con un gesto de piedad que me pareció no pudo dominar, pues apenas tocó su mano la mía, cuando retrocedió precipitadamente, esperando con una excesiva reserva a que diera principio a mi relato.

¡Horas dolorosas! ¡Terribles horas del *Vengador*, no os apartaréis jamás de mi mente!

¿Estaré condenado a reviviros por nuevas sorpresas y nuevas maldiciones y lágrimas?

Cuando hube expresado la *idea feroz* que animaba a todos aquellos sombríos corazones con los que había convivido; cuando hube repetido casi textualmente las palabras pronunciadas en la capillita; cuando hube evocado la escena inolvidable durante la cual me hizo inclinarme el capitán Hyx sobre su famoso registro y sobre el Libro del Tabernáculo, la *dama velada* elevó sus ojos al cielo y oró...

Era un alma llena de caridad, digna de aquella que había querido salvar y que nada podía comprender a tan terrible horror... El espíritu de miss Campbell la habitaba. Hubiera preferido ser mártir que verdugo; y el saber que su marido habíase vuelto un verdugo—¡por ella!, ¡por ella!—debía arrojarla a los divinos pies de Jesús, para elevar hasta El una súplica que yo leía a través de su velo...

¡Misteriosa, incomprensible, inexplicable y desesperada *dama velada*!... Cuando descendió a la tierra saliendo de su éxtasis, y posó en mi su extraviada mirada, aquella nobilísima, generosa y dolorida hija de la noble Francia seguía repitiendo:

—¡Por mí! ¡Por mí!

Quise coger sus manos y suplicarle a mi vez, como acababa ella de suplicar a su Dios; pero se refugió en el más oscuro rincón de la celda:

—¡No me toque usted!...

¿Qué temía?, ¡oh, Dios mío!, ¿qué podía temer de mí?  
¿No estaba ante ella como el más humilde, el más triste y

suplicante de los hombres? Entonces ¿por qué ese movimiento de espanto? ¿por qué ese grito?

Se dió cuenta de mi sorpresa y de mi pena, porque en seguida vino hacia mí y me dijo:

—¡Perdóneme! ¡Todo me da miedo!... ¡el menor gesto a mi alrededor me causa pavor!... ¡Si usted supiera por lo que hemos tenido que pasar! ¡Si supiera usted lo que hemos sufrido!... Así que todo me sorprende..., un gesto un poco brusco me inquieta..., es algo enfermizo...; ¿no me guarda usted rencor, señor Herbert de Renich?

De pronto una idea terrible atravesó mi mente. ¡Dios mío! ¡Aquella mujer no quería volver a ver a su marido, a quien adoraba, por no llevarle un cuerpo indigno de su primera virtud, manchado por los crímenes de la guerra!

Balbuocé algunas palabras que le permitieron interpretar mi pensamiento, sólo a la manera con que maldije a los Hunos, «que nada respetaban», pero protestó ruborizándose:

—Dios y la Virgen me han preservado—contestó con gran simplicidad.

No sabiendo yo qué decirle con el fin de agradarle y comprendiendo cada vez menos, me puse a hablarla de Amalia en términos a la vez tan amorosos y castos, y a relatarle nuestra virtuosa y cruel aventura con una emoción tan sincera, que bien pronto se mezclaron nuestras lágrimas...

Cuando terminé de hablar, esperé ansiosamente conocer el efecto producido, como también el resultado de nuestra mutua emoción...

—Es usted un hombre de honor—me dijo—. Nada más puedo decirle en lo que a mí respecta; pero quiero poner en su conocimiento algo que le afecta de muy cerca... Así podrá usted juzgar cuánto le estimo y compadezco y cuánta confianza tengo en usted... Oígame, señor Herbert; usted ha de saber eso próximamente; pero prefiero que lo sepa de mi boca, pues en mí tiene usted una verdadera

amiga que comulga con usted en la misma religión de la piedad y el infortunio... *Le ha herido a usted una desgracia que aún desconoce usted*, pero que debe seguir ignorando después que yo le haya informado... ¡A nadie debe decirselo usted! ¡No pedirá usted ninguna explicación a nadie! ¡Júremelo!... ¡Piense usted que si escandaliza usted, como consecuencia de mi confidencia, se volverán contra mí, y ya jamás podremos hacer nada el uno por el otro!

—¡Señoral! ¡Señoral!—suspiré—. La desgracia que me anuncia me inquieta menos que esperanza me dan sus últimas palabras. *Así, pues, ¿podré algún día hacer algo por usted?*...

—¡Quizál! ¡Quizál! ¡Llegará un día que sí! Y ahora, óigame, mi pobre amigo...

A pesar de todo, mi corazón latía fuertemente... ¿Qué nuevo infortunio me aguardaba?

¡Ah, estaba muy lejos de esperar aquel golpe de la suerte!

—Cuando—díjome la *dama velada*—me interpeló usted tan inesperadamente en la tienda de pieles, me apresuré a ir con mi dama de compañía a ver al almirante para informarle del incidente, pues como yo no le conocía a usted, creía que fuera un lazo que me tendía von Treischke para saber sin duda cómo obraría yo en tal caso.

«En el curso de la audiencia que inmediatamente me concedió en la alhóndiga, me pude dar cuenta de que no esperaba tal cosa, y que lo que le decía era completamente nuevo para él. Por otra parte, supe quién era usted y me inquieté tanto como el almirante (claro está que en otro sentido) del giro que podían tomar los acontecimientos. Mi mayor temor estribaba en que el interés que yo inspiraba a usted le fuera fatal, empujándole a dar algún paso o hacer alguna gestión imprudente.

»Sabía que su casa lindaba con la mía y regresé precipitadamente, confiando en un nuevo encuentro o en alguna coincidencia... ¡Comprenderá el interés que tenía usted

para mí al saber que había usted vivido al lado de mi marido!...

»¡Ay!, ¡por desgracia no le encontré!... Y debido a una orden venida de la alhóndiga, tuve que permanecer en mi casa. ¡Qué atardecer! ¡Qué noche! No pude dormir. Había dejado mi ventana entreabierta y mis ojos no se separaban, del tejado de vuestra casa, en la que le veía a usted descansando... En varias ocasiones, al pasar frente a su casa había visto en una ventana el dulce y venerable semblante de su madre de usted... Pensaba en ella y en usted... ¡Sabía lo mucho que había sufrido en su ausencia! ¡A diversos títulos sabía que los tres éramos víctimas del horrible von Treischkel!...

»Quiero decirle con esto que en el fondo de mi corazón guardaba la mayor simpatía por su madrecita, que no me conocía...

»Hacia las tres de la madrugada oí extraños ruidos que provenían del fondo de mi jardín o, mejor dicho, de su casa, cuya tapia bordea nuestro huerto por ese lado... Al mismo tiempo apareció una luz por el tragaluz que da a mi jardín. Aquella luz se apagó casi en seguida; pero como la noche era clara, pude distinguir dos formas humanas que se deslizaban por aquel tragaluz al tejado con los mayores esfuerzos. Bien pronto me pude dar cuenta que aquellas dos formas humanas eran las de las dos pobres mujeres que habitaban la casa. Apoyaban sus pies en el canalón y las manos se cogían desesperadamente a los barrotes del tragaluz. Su situación no podía ser más crítica...»

—¡Mi madre y Gertrudis!...—dije con voz sorda.

—Sí, señor, su madre y la criada... ¡Pobres mujeres!

—¡Podían matarse! ¡Podían haberse matado! ¡Ah, señora, júreme usted que nada grave les ha pasado!... ¡Quizá están muertas a estas horas y usted quiere ocultármelo!...

—¡No!, ¡no!... Se lo juro... Transcurrieron diez minutos sin que hicieran un movimiento, hasta que transcurridos éstos fueron a buscarlas allí mismo... ¡Ah! ¡la cosa fué rápida!...

El vidrio del tragaluz, que habían ellas bajado, fué levantado de nuevo y apareció una sombra empuñando una linterna y dijo en seguida en alemán: «Están aquí». Y dirigiéndose a las dos degraiciadas, que debían estar imposibilitadas de hablar por el miedo, les dijo el hombre:

«—¿Están ustedes locas? ¿No ven que hubieran podido caer y matarse?

»Dos sombras más salieron por el tragaluz, apoderándose de ambas mujeres, las que se pusieron a gritar, obligando a los hombres a hacerlas entrar con brutalidad en el granero. Después de lo cual ya no se oyó ningún grito, ni se vió luz alguna.»

—Y usted, señora, ¿no llamó en su auxilio?

—Yo, señor Herbert de Renich, no puedo llamar en auxilio, ¡ay!, ni para mí ni para los demás... ¡Me está prohibido dar un grito!...

«Pero si hubiera podido salvar a aquellas pobres mujeres, le aseguro que hubiera hecho lo imposible... Voy a decirle una cosa para que no crea que mi corazón es insensible—añadió con singular tristeza—: cuando vi a las pobres mujeres en el tejado pensé que una escalera podía salvarlas, y como precisamente había adosada en la tapia del huerto, desde la *vispera*, una escalera muy alta, que había yo observado como se observan todas las novedades, y que había sido llevada allí yo no sé por quién ni para qué, bajé a la habitación de mi criada, la desperté, y levantando los visillos de su ventana le mostré a las dos mujeres en el tejado y le dije que fuera a salvarlas *con la escalera*...»

—¿Y entonces?

—Pues no quiso... Me riñó groseramente porque me ocupaba de cosas que no me importaban, añadiendo que si no me acostaba inmediatamente se lo contaría todo a von Treischke en la primera ocasión que se le presentara.

«Aquella amenaza debió atemorizarme, y, sin embargo, lo primero que hice cuando vi a von Treischke, es decir, aquí, fué preguntarle qué pensaba hacer de aquellas dos

pobres mujeres, pues tengo la seguridad que ninguna desgracia que a mi alrededor ocurriera, y quizá también las que a su alrededor ocurran, no sobrevienen sin la expresa orden del almirante...

»Sin reparo alguno me confesó que se había apoderado de su madre de usted (son sus términos) y de la criada, *¡con el fin de contar por completo con la buena voluntad, a veces vacilante, del señor Herbert de Renich!* Estos son sus términos exactos.»

—¡El muy bandido! ¿Qué querrá de mí? ¿Qué va a exigirme? ¡Ya nada podré negarle ahora, absolutamente nada! ¡Ay, señora! ¿No podrá usted facilitarme una indicación, por insignificante que sea, sobre el lugar que han dirigido a mi madre y a su vieja criada?

—Desgraciadamente, nada puedo decirle...

—¡Sí, sí!, ya no me cabe duda alguna. ¡A ella era a quien vinieron a buscar la noche anterior! Contaban los miserables con encontrarla sola en su habitación y se marcharon al ver que velábamos los tres estrechamente abrazados... Y huyeron, ¡los muy cobardes!, al ver que había un hombre, como también por no dar un escándalo, ya que somos neutrales, unos neutrales benévolos, con los que, dentro de lo posible, no hay que tener los... Por eso vienen de noche para llevarse como rehenes a dos pobres mujeres neutrales, a las que creen indefensas, y amordazan a los soldados de la Kultur para que no atribuyan a la Kultur una fechoría tal contra unos neutrales que siempre les fueron benévolos... ¡Que esto sea una lección para algunos! ¡Yo me entiendo! ¡Pero todo se pagará algún día! El capitán Hyx no está tan lejos como creen...

Decía todo esto de una manera incoherente, presa de un doloroso trastorno de todo mi ser; pero, ¡ay!, en voz baja, muy baja, ya que estaba obligado a guardar en mi interior, bien oculta, la más tumultuosa de las cóleras...

La *dama velada* se había puesto de pie. Con un gesto dulce, triste y lento, de sus manos enfundadas en negros

mitones, se echó el velo, o, mejor dicho, su máscara (la máscara que ocultaba a los vivos a Mrs. G...) y pensé en el antifaz del otro de allá... ¡Dios sabe dónde!... Dos máscaras que corrían al encuentro una de otra por el fondo de los mares, y que tal vez se encontrarían un día próximo, quizá en un momento próximo, para otro nuevo y prodigioso drama que yo sentía llegar sin comprenderlo. ¡ay!, sin comprenderlo...

La *dama velada* se disponía a marcharse después de entreabrir la puerta de mi cabina y lanzar una ojeada sobre la crujía desierta. La detuve en el momento en que iba a salir.

—¡Señora, no debía haber despertado a la criada! ¿Por qué motivo, aprovechando aquel sueño, no bajó usted al huerto? ¿Y por qué no llevó usted misma aquel socorro a las pobres mujeres?

—*¡Porque me han prohibido tocar las escaleras!*—me deslizo en un suspiro cerca, muy cerca de mi oído.

Se marchó. Sorprendíame el verla marchar con tanta tranquilidad, cuando me había dicho que su paso nos hacía correr tan gran peligro... La seguí, sin que se diese cuenta. A los pocos pasos la vi penetrar en el mismo camarote en donde tomé algunos *cocktails* con el *herr* comandante. No podía ser aquél el alojamiento de la *dama velada*. La puerta se cerró tras ella.

Me deslicé hasta la puerta y apliqué el oído, oyendo la voz del *herr* von Treischke, que decía:

—Ha estado usted mucho tiempo ausente; pero si está ya convencido de que no quiere usted ser reconocida, quizá podamos hacer algo de ese muchacho...

—Así lo espero—contestó la voz de la *dama velada*, a lo que siguió un gran suspiro; añadiendo luego:

—Me parece inútil el haber inquietado a esas dos pobres mujeres, pues él hará lo posible por satisfacer a usted...

—Es muy posible; pero cuando sepa que puedo hacer de su madre lo que me plazca, le podré dejar en la calle sin te-

*mor de que cuente a todos los que pasen que se ha encontrado cara a cara con el fantasma de Mrs. G...* la esposa tan ardentemente llorada por el más grande filántropo de la tierra...

Después de aquella horrible voz sarcástica, volví a oír la otra, dulce y suplicante:

—¡Caballero! El hará lo que usted quiera... Pero prométame que no se le hará ningún daño a su madre.

¡Ah, sí! Puedes pedírmelo todo, todo, ¡oh inquietante, inexplicable *dama velada!* Después de una súplica tal, daré mi vida por ti.

Oí pasos y escapé, encerrándome en mi camarote. ¡Qué noche, Dios mío, qué noche!

Todo lo que me había dicho la *dama velada*, todo lo que me había hecho saber, eran para mí motivos de nuevos terrores; pero lo que se había callado me ponía malo. ¡Ah! ¡Comprender! ¡Poder comprender!

## X

## ¿SERÁ CASTIGADO ESTE CRIMEN?

**A**L relatar el convite que me hicieron aquellos señores he hecho alusión a cierta risa *boche* en el momento en que contaban sus hazañas de piratas. Aquella risa tuve ocasión de oirla, de verla, en el centro de la apoteosis *boche*, leed en el centro del crimen *boche*. (Habitualmente, no puedo olvidar que soy neutral; pero aquel día, ese día en que oí y vi aquella risa, rechacé de mis hombros el blanco manto de la neutralidad.)

¡Las ideas cambian viajando, y hay momentos en que el capitán Hyx no me inspira tanto horror!

Desde la víspera sospechaba yo algo. Tenía motivos para pensar que se preparaba un acontecimiento nada vulgar. Después de contornear las grandes islas, descendimos hacia el Sur, y aunque el tiempo distaba mucho de ser bueno, habíamos ya abandonado los fríos del Norte.

Aquella mañana había en los oficiales una excitación, una alegría impaciente que les transfiguraba y transportaba, dándoles una mayor verbosidad y empujándoles a gestos inacostumbrados. Se apretaban, por ejemplo, las manos hasta hacerse daño, y ello sin motivo aparente.

Se había recibido cierta comunicación inalámbrica que debía tener relación con aquella exuberancia.

Navegamos luego por la superficie; el mismo comandante dirigía la maniobra desde su puesto, que ya no abandonaba. No se comió y nadie se quejó por ello. Todos estaban en sus puestos, y la alegría llegaba hasta la cámara de los torpedos. Fué inútil mi intento de querer informarme, pues nadie me contestó. Se prodigó el *champagne*, tocándome a mí también mi parte. Según una conocida expresión, aquellas gentes parecían «hacer de tripas corazón». Yo me preguntaba con una profunda angustia si no habríamos alcanzado al *Vengador*.

De pronto nos detuvimos y volvimos a hundirnos. Navegamos luego entre dos aguas durante algún tiempo, saliendo de nuevo a la superficie, para terminar por sumergirnos. Fritz, no lejos de mí, repetía en voz alta las órdenes. Los tres oficiales superiores (a quienes yo llamaba los invitados) estaban a su lado, inmóviles, silenciosos, con los brazos cruzados, a la espera evidente de algo.

Pensé entonces que era muy posible que navegáramos contra algún buque mercante y que se disponían a hundirle, como había ocurrido tan frecuentemente en los anales de la navegación submarina *boche*. Un torpedo fué lanzado, siguiendo a esta operación un silencio de muerte en el submarino. Transcurridos unos instantes, oímos claramente el ruido de una explosión. Un hurra salvaje dilató todos los pechos y salió de todas las gargantas. El submarino debió sacar un periscopio, pues se oyó un grito, una especie de aullido que descendió del puesto de mando, la voz del comandante que escupía las palabras del triunfo: «¡Hurra! *Gott mit uns!*»

Segundo torpedo, al que siguió nueva explosión, y el buque asesino, seguro de su horrible acto, no temiendo ya por su casco, salió a la superficie. Todo el mundo se precipitó sobre el puente. Cuando me dejaron, subí yo también. ¡Yo lo vi todo!...

Un sol pálido iluminaba el más espantoso espectáculo que en mi vida me fué dable contemplar. A unas ciento

veinte brazas se hundía un gran buque pacífico, cargado de una multitud de viajeros, presas del delirio que se apodera de las muchedumbres cuando cae inesperadamente sobre ellas la mano implacable de la muerte.

Nuestros dos torpedos habían dado en pleno costado del lado de proa, y los tabiques que forman los compartimentos estancos debían haber saltado hechos astillas, de tal manera, que el barco picaba de proa con tal rapidez que se le veía hundirse en el abismo siguiendo una línea oblicua que levantaba hacia la proa a la multitud aullante formada por la tripulación y los pasajeros.

La marejada era bastante fuerte; pero los botes, que fueron echados precipitadamente obedeciendo las órdenes del comandante, a quien se veía agarrado a la extremidad de babor del puente, hubieran podido navegar mar adentro de no haber estado cargados hasta zozobrar, como les ocurrió a varios. Sin embargo, no se borrará de mi mente una gran chalupa que no sé por qué milagro conseguía mantenerse a flote, cuando una detonación que estremeció a nuestro submarino siguió al disparo de un proyectil que la partió por la mitad. ¡Disparábamos sobre los náufragos!

Cuando digo «disparábamos», ya supondrán a quién me refiero, como tampoco tengo necesidad de describir el estado de rabia e indignación de que todo mi ser estaba poseído.

El navío que agonizaba ante nuestros ojos — lo supe momentos después por las palabras de furiosa alegría pronunciadas a mi lado — era uno de los últimos paquebotes construidos en los astilleros de la Gironda. Zarpó de Burdeos con rumbo a Buenos Aires.

Nuestro submarino debió ser advertido por telegrafía sin hilos del itinerario exacto seguido por el buque, habiendo, sin duda alguna, recibido la orden de destruirle implacablemente: ¡así se explicaba aquella alegría feroz que momentos antes había transportado a la tripulación!

Pero ¿qué decir de aquellos insultos, de aquella baba

carnívora y de las risas triunfantes de nuestra tripulación mientras se ahogaban todos los náufragos? ¡Los oficiales superiores daban el ejemplo más innoble de cínico sadismo!

Y mientras que el desgraciado buque continuaba hundiéndose, en el centro de un círculo de restos y náufragos, el sumergible daba la vuelta a su alrededor con casi toda su tripulación en el puente y su estado mayor aplaudiendo ante el desastre, ¡como de costumbre!... ¡Como acostumbraban!

Los marineros cantaban el *Deutschland über alles*. Algunos de ellos descargaron sus revolvers sobre los desgraciados que, caídos de las canoas, habíanse dirigido nadando hacia nosotros o que se encontraban en nuestro camino y nos pedían misericordia.

Vi a dos mujeres y tres niñitos ahogarse muy cerca de mí. Como instintivamente hice un movimiento, inútil por otra parte, para socorrerles, me vi amenazado de muerte por un alférez por el que, instantáneamente, sentí un odio tan atroz que no pude resistir a la necesidad de satisfacerlo cuando, momentos después, se me presentó la oportunidad. Y he aquí cómo: el drama tocaba a su fin; las calderas del buque habían saltado con terrible estallido y el mar se abrió para acabar de tragar su presa.

De pronto se vió llegar hacia nosotros, surgiendo del pálido horizonte y deslizándose sobre el mar lechoso, una forma amenazadora. Resonó un cañonazo y un proyectil vino a levantar una columna de agua a nuestro lado. Diéronse órdenes con gran precipitación. Oí el silbato de los contramaestres y las superestructuras del submarino se vaciaron como por encanto.

Aquellos bandidos se metían en su antro maldiciendo.

Las escotillas se cerraron con extraordinaria precipitación, de tal manera que el alférez de navío en cuestión no tuvo tiempo de bajar al interior del submarino, a lo que contribuyó en mucho mis esfuerzos por impedirlo. Al ver el



cariz que iban tomando los acontecimientos, decidí arriesgar una zambullida antes que seguir prisionero de una gavilla al lado de la cual la temible tropa del capitán Hyx me parecía ahora merecer todos los premios Moutyon (1).

¡Sí, antes morir con las víctimas que continuar bebiendo *champagne* con los asesinos!

Dejé, pues, desaparecer la tripulación ante mí, atropellándose furiosamente; pero cuando el alférez (un hermoso oficialito fresco como una rosa, o, mejor aún, como un cochinillo) se cogió desesperadamente a la escotilla central que se cerraba, yo me agarré a él, y fué necesario que se quedara conmigo, pues ya se oía el ruido de los depósitos llenándose de agua y el submarino se hundía bajo nuestros pies.

Yo era mucho más fuerte que el oficialito, el cual había cometido la imprudencia de enfundar su revólver; así, pues, le cogí entre mis brazos, impidiéndole todo movimiento, y juntos caímos al agua.

Cuando se es como yo, Herbert de Renich, uno de los más sorprendentes nadadores del Mosela, y eso desde los ocho años, es un verdadero juego el ahogar a un bonito oficialillo *boche* como aquél, y la cosa se hizo con rapidez. Si no recuerdo mal, aun creo que no me contenté con ahogarle y que hubo también su poquito de estrangulación.

Aquello era nervioso.

Es indudable que al obrar así rompía mi neutralidad; ¡pero que el cielo no me lo tome en cuenta! Estaba en uno de esos momentos en el que, de haber podido, hubiera estrangulado a todos los marinos de von Tirpitz y de von Treischke.

Absorto en dar su merecido al hermoso oficialito, no tuve tiempo de nadar con vigor fuera del círculo de las aguas

(1) Premio instituido por Moutyon, en Francia, a la virtud.—(N. del T.)

que hacían remolino sobre el submarino. Afortunadamente, la cosa no duró mucho y no perdí mi sangre fría. Cuando reaparecí en la superficie, me hallaba a pocas brazas del barquito que con tanta rapidez había puesto en fuga a aquel horrible submarino. Se ocupaba en salvar a los que quedaban con vida, no siendo yo el último en ser recogido.

No tardé mucho en cerciorarme que me hallaba a bordo de uno de esos valientes buques pesqueros franceses que hacen una guerra tan encarnizada a los submarinos, sea por medio de las redes de acero; sea cañoneándoles cuando los tienen a su alcance; sea sencillamente, precipitándose sobre ellos con la esperanza de causarles serias averías antes de que se sumerjan.

¡Pero cual no fué mi estupefacción y mi alegría al reconocer en la toldilla al mismo Gabriel, el amigo, el novio de Dolores! ¡Por fin iba a tener noticias de Amalia!